

## *El re-encuentro o la historia de un Cordero con Corazón de León*

Era una mañana y concurría a hacer clases a una Universidad del Centro, en cierto modo socializado con una ciudad que me es por naturaleza extraña y distinta, tomé el metro para evitar de ese modo un tráfico que el calor agobiante de Noviembre a las dos de la tarde lo hacía aún más insoportable.

Iba de pié mal sujeto a uno de sus pilares con la mirada perdida y absorto en los fantaseos propios de esos viajes insulsos que se verifican por rutina.

Desplazaba mi mirada de un objeto a otro sin afanes, propósito o destino.

La mente en blanco en un estado de cierto sopor podía ser despertada de pronto por un estímulo cualquiera. Una revista, la aguja del taco de una mujer o la mirada de un extraño que tempranamente encanecido se balanceaba en un ritmo que denotaba una entrega casi desesperanzada no sé si a los ritmos que el metro le imponía o si bien lo era hacia la vida misma.

Con una ropa que le quedaba demasiado grande, unos zapatos que habían perdido su brillo, ligeramente encorvado por un peso que probablemente la vida le imponía dejaba entrever no obstante un cierto vestigio por haber pasado tiempos mejores.

De pronto se produce uno de esos extraños cruces de mirada entre lo familiar y lo ominoso que hace puntada en el cruce de un recuerdo que retorna a medias perdido, evanescente y desdibujado por un tiempo quizás demasiado largo.

Ese único y extraño rasgo de reconocimiento hace que este hombre se acerque y me interpele por mi nombre.

¿Ud. es don Alex Droppelmann?, pregunta con la ansiedad que trasunta un cierto deseo de certeza. Convocado de este modo tan formal por alguien que se me aparece tan simétrico me incomodo ante una formalidad inesperada.

Yo soy fulano. Yo hace ya muchos años jugué Rugby con Ud. Es más, Ud. fue mi entrenador, en cierto modo me enseñó a jugar Rugby.

Al parecer ese recuerdo le devuelve algo de una cierta dignidad que la vida le ha en cierto modo usurpado malamente. Le restituye una cierta ortopedia que lo hace recobrar una postura más erguida, una mirada y un gesto donde claramente se instala el atisbo de un coraje quizás olvidado.

Es allí cuando lo reconozco como uno de los nuestros, como uno más de aquellos que circuló en nuestro equipo de Rugby de entonces.

Es allí en mi recuerdo donde el cuenta como Uno.

El no fue ni el mejor, tampoco el más importante.

Aún me recuerdo de ese primer día en el que se presentó en la cancha como consecuencia de haber tomado el ramo de Rugby en la Universidad Católica que en mi calidad de profesor del Organismo Central de Deportes, (que Ernesto Rodríguez había logrado conseguir para que yo casado prematuramente pudiese seguir con mis estudios de arquitectura) me obligaba a recibir y eventualmente a instruir a este nuevo alumno.

Eran los artificios que nos permitía contar con las bondades de un rector complaciente que facilitó la construcción de este Club-House, el mejor bus de Agronomía para viajes dentro o fuera del país y muchos otros beneficios producto de la amistad que el rector sostenía con Ernesto.

Como contraparte teníamos que establecer el Rugby como un curso abierto a todas las carreras de la Universidad.

Así llegaron muchos que quizás no hubiesen llegado y otros tanto que sólo circularon en el afán de cumplir pasajeramente con el requisito académico de lograr los créditos necesarios para avanzar en su curriculum académico.

En nuestro club todos al igual que hoy: cabían y aún caben.

Es quizás un rasgo de este club abolir las excluyentes endogamias y abrirse a la diversidad de lo vario y lo distinto. Tal vez era su rasgo, que los que estaban adentro y los que estaban fuera, en el club confluían en un espacio común y propio.

Aún recuerdo la frustración de la mirada de los jugadores de primera que miraron a este recién llegado como los cisnes al Pato feo de la historia.

Por ser un equipo al amparo de una Universidad, esta condición de acoger los alumnos que decidían tomar al Rugby como un ramo era un imperativo al que no se podía rehusar.

Se posó mi mirada en el recién llegado en una mezcla de curiosidad y benevolencia.

Caí rápidamente en la cuenta que el entusiasmo superaba con creces las condiciones físicas del postulante.

Excesivamente bajo, contrahecho y patizambo no encajaba en los Fowards, no daba para la línea por su lentitud y tenía las piernas demasiado cortas como para Hoocker.

Al decir de hoy día quedaba fuera del equipo por default.

Su deseo era tan fuerte y decidido que no tuve corazón para dejarlo fuera. Los otros me criticaron pero yo sabía que me agradecían el gesto porque siempre fuimos un equipo de gran corazón.

Con el correr de los entrenamientos veíamos con sorpresa que “el nuevo” llegaba antes a la cancha para sorprendernos con trotes y elongaciones.

Nos despedía al término de la jornada para quedarse en la cancha practicando hasta mucho más tarde fintas que su cintura rehusaba o piques demasiado lentos, o tiros a los palos que daban por lejos la distancia.

Pasaban los meses y siempre lo vimos alentando al equipo en las tribunas hasta que un día nos sorprendió a todos en la banca del segundo equipo con los ojos llenos de luz y de esperanza. Albergaba quizás sanamente la lesión de alguno de los jugadores titulares para hacer su debut largamente anhelado.

De pronto un jugador que la víspera había tomado más alcohol que lo debido debió abandonar súbitamente como consecuencia de un sopor etílico.

Para el “nuevo” fue su primer entrada, se veía gallardo, altivo y aguerrido como el que más. Sus medias se mantenían ordenadas, el pantalón bien ceñido e incluso la camiseta que le quedaba demasiado grande...por decirlo de algún modo...lo engrandecía.

Desde allí acompañó siempre al equipo, al Sur, a Argentina, a Santiago o a cualquier lugar donde este fuera. Nunca puso una exigencia pero siempre estuvo allí el primero. Llevaba siempre su equipo por si acaso.

Era el más entusiasta con los brillos ajenos que los hacía propios. Se indignaba con las faltas mal habidas en contra de sus compañeros y ahora en cierto modo amigos de su club de Rugby.

Sentía la pertenencia y se servía de su identidad.

La fortuna en cierto modo lo favoreció más veces que lo esperado o talvez fue la bondad de Ernesto que le encontró atributos que no tenía o la generosidad de un compañero que dijo estar más cansado que lo que en realidad estaba, pero el caso es que el “nuevo” tuvo la oportunidad de jugar en bastantes oportunidades.

Probablemente fueron más de las esperadas pero nosotros teníamos la certeza que no eran más de las debidas.

Todos estos recuerdos se agolparon en mi mente con la velocidad que permite el tiempo de cuatro estaciones de metro.

Al preguntarle por su vida me contó de malas vueltas de la suerte, de engaños, de pérdidas y fracasos.

Me pudo incluso hablar de unos duelos de amor y también de muerte sin derramar una lágrima.

Lo hizo con una resignación capaz de soportar con hidalguía los peores infortunios.

Aceptaba los golpes que la vida le había procurado con la resignación de un Cordero.

De pronto interrumpe un relato de fracasos y tragedias para decirme que no obstante la vida le había pagado bien: jamás se podría olvidar de lo feliz que fue cuando jugó Rugby. Yo pensé algo así como que con tanta pérdida, nada, ni nadie le podía quitar lo tomado y lo jugado.

Me lo agradeció sin pudores. Me dio un abrazo de esos excesivamente viriles con los que a veces los rugbistas expresamos nuestro afecto y se bajó...en la estación Universidad Católica.

Lo vi perderse en la muchedumbre, girar la cabeza y de pronto me percate que se alzaba aguerrido, que sus ojos recobraban un coraje perdido, que la esperanza lo volvía a habitar mágicamente a la luz del recuerdo de un cierto deseo cumplido.

Sentí que quizás derrotado volvía a fantasear en jugar un nuevo partido.

Me asistió la certeza de un encuentro mágico que en el pase de la memoria le permitió teñir su polera raída de un negro que brillaba más allá de la muerte.

Sentí que su espíritu volaba como un cuervo por sobre la masa de hombres cansados que el metro vomita. Cruzamos la que quizás sea nuestra última mirada.

Observé que me miraba de lejos noblemente, con la mirada de un Cordero mientras me murmuraba un adiós con un rugido de León.

Con la altura del vuelo de un cuervo, rindo con esta pequeña historia un homenaje a todos los Cordero con corazón de León que vistieron alguna vez la camiseta negra plena de generosidad y vida de nuestro club.